

LA HOMOSEXUALIDAD FEMENINA EN PLURAL, O CUANDO LAS HISTÉRICAS PRESCINDEN DE SUS HOMBRES DE PAJA*

MARIE-HÉLÈNE-BROUSSE**

La homosexualidad femenina es una solución a la dificultad sexual de los seres de lenguaje que son los seres humanos, tan antigua como la homosexualidad masculina. Sin duda más discreta, menos expuesta al público, pero igualmente constante a través de las diferentes culturas y épocas históricas. Indudablemente, la homosexualidad femenina no amenazaba del mismo modo las exigencias de la familia y del orden patriarcal. Por otra parte, y tal como ha sido mostrado por los estudios sobre historia de las mentalidades, las mujeres en su mayoría no han sido, en el curso de los pasados siglos, interlocutoras tan escuchadas como los hombres, tanto en sus opiniones políticas como en sus posiciones respecto de lo íntimo. Finalmente, la homosexualidad femenina ha sido también el objeto de un fantasma masculino y, en tanto tal, podía reforzar el deseo masculino: sueño de cuerpos femeninos entrelazados que nada demandarían a los hombres, liberándolos así de un deber que pesaba sobre su deseo.

* Texto publicado originalmente con el título "La homosexualidad femenina en plural o cuando las histéricas prescinden de sus hombres de paja", en *Elles ont choisi. Les homosexualités féminines*. Obra colectiva dirigida por Stella Harrison, Editions Michèle, París, 2013, p. 21. Fue traducido al español por Florencia Fernández Coria Shanahan y publicado en "Desde la perspectiva del cuerpo", obra colectiva dirigida por Sonia Beldarrain, Cita Ediciones. Publicado con la amable autorización de Marie-Hélène Brousse, Stella Harrison - Editions Michèle y Sonia Beldarrain - Cita Ediciones.

** Psicoanalista en París, Francia. Analista Miembro de la Escuela (AME) de la École de la Cause freudienne, la Escuela de la Orientación Lacaniana, la New Lacanian School, y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

La época actual, sin haberse librado completamente de la pregnancia de todo esto es, sin embargo, otra. El psicoanálisis ha sido de diferentes maneras, parte activa en este cambio. Primero, al poner seriamente en cuestión una supuesta naturalidad biológica de la sexualidad en los seres humanos machos o hembras. Hubo que rendirse a la evidencia de lo que los sujetos decían en ese dispositivo singular que es el dispositivo analítico. Y ya desde los tres ensayos sobre la sexualidad, Freud plantea que el niño es un perverso polimorfo, lo que eventualmente modifica de modo radical la definición de la perversión operada a partir de criterios tanto sociales como biológicos. Además, la constatación de que las relaciones entre hombres y mujeres están hechas de rechazos recíprocos, conduce a Freud a considerar que es mucho más fácil dar cuenta de la homosexualidad que de la heterosexualidad. Finalmente, el psicoanálisis hizo pasar al discurso datos que habían permanecido hasta entonces confinados a la esfera de lo no-dicho o de los secretos íntimos.

Partiremos de un debate clínico importante en la progresión del saber analítico, debate que reposa sobre la comparación entre dos casos freudianos, formalizado cada uno de ellos en un paradigma según el método de investigación analítica.

Se trata por un lado del caso Dora, paradigma freudiano y post-freudiano de la estructura neurótica histérica; y por otro, del caso llamado de la joven homosexual. En efecto, se trata de dos jóvenes inmersas en el mismo discurso social en el mismo periodo histórico. Una, Dora, en el transcurso de su análisis con Freud, revela su amor y su fascinación por una mujer de mayor edad, amiga de la familia y amante de su padre. La otra, que no entra en la lógica de una cura analítica y tiene con Freud solo algunas entrevistas, perturba en nombre del amor por una mujer mayor que ella y de "mala vida", el decoro de su entorno y lleva a cabo lo que hoy llamaríamos un pasaje al acto suicida. La cuestión del suicidio, aun si no hubo intento de suicidio en Dora, está sin embargo presente, ya que una nota de Freud evoca al pasar la historia inventada de un suicidio del padre: "He ahí el anudamiento con su propia comedia de suicidio [...] que tal vez exprese, entonces, la añoranza de un amor parecido".¹

1 Freud S., "Fragmento de análisis de un caso de histeria", *Obras Completas*. Vol. VII, Amorrortu, Buenos Aires, 1995, p. 30.

El caso Dora, publicado inicialmente en 1905, contiene una nota de Freud agregada en 1932.² En esta nota Freud completa su texto de 1905 –en el cual numerosos pasajes mencionan que ya entonces él había reconocido el fuerte lazo amoroso de Dora por la Sra. K.–³ con una corrección radical: “A medida que me voy alejando en el tiempo de la terminación de este análisis, tanto más probable me parece que mi error técnico consistiera en la siguiente omisión: No atiné colegir en el momento oportuno, y comunicárselo a la enferma, que la moción de amor homosexual (ginecófila) hacia la señora K. era la más fuerte de las corrientes inconscientes de su vida anímica. [...] Antes de llegar a individualizar la importancia de la corriente homosexual en los psiconeuróticos me quedé muchas veces atascado, o caí en total confusión, en el tratamiento de ciertos casos”.⁴ La homosexualidad bajo la forma de “corriente inconsciente” es entonces claramente señalada por Freud como un elemento clave del caso, y de la histeria en general. La corriente inconsciente, desconocida por el sujeto y que no culmina en un acto sexual, que caracteriza a Dora, viene aquí en oposición a la afirmación decidida, consciente y actuada, que caracteriza a la posición del sujeto que es “la joven homosexual”. Es en base a esta diferencia y no en base a la presencia o ausencia de orientación homosexual que Freud plantea, para un caso, el diagnóstico de neurosis, y para el otro, el diagnóstico de perversión. La consecuencia de esto es que, en el caso de la joven homosexual, Freud decide no comprometerla en la vía de un trabajo analítico, mientras que en el caso de Dora, por el contrario, despedido por ella de la manera más brutal, Freud se encuentra en una “total confusión” en pleno tratamiento.

Sin embargo, ¿cuál es la modelización efectuada de la posición de Dora quien, haciendo lugar como hemos visto a su homosexualidad, no hace de ello sin embargo un elemento clave de la táctica freudiana de la transferencia? El interés homosexual de Dora por la Sra. K. se liga a su propia

2 *Ibid.*, p. 104.

3 *Ibid.*, pp. 53-54. “Tras el itinerario de pensamientos hipervalentes que la hacían ocuparse de la relación de su padre con la señora K. se escondía, en efecto, una moción de celos cuyo objeto era esa mujer; vale decir, una moción que solo podía basarse en una inclinación hacia el mismo sexo. Desde hace mucho se sabe, y a menudo se lo ha destacado, que en el varón y en la niña se observan durante la pubertad, aun en casos normales, claros indicios de la existencia de una inclinación hacia el mismo sexo”.

4 *Ibid.*, pp. 104-105.

pregunta sobre qué es la mujer, saber sobre lo femenino del cual ella se considera faltante y que atribuye a esta Otra mujer, en tanto aquella es el objeto de deseo, tanto del Sr. K. como de su propio padre. Es así que Freud interpreta la escena en la que –cortejada por el Sr. K. en una óptica de intercambio que Dora capta perfectamente y que por otra parte Freud valida, confirmandole que está de acuerdo– cuando el Sr. K. le anuncia que “su mujer no es nada para él”, ella le da una rotunda bofetada y rompe allí su complacencia para con él. “Si tú no la deseas, no me interesas más”. El lazo a los hombres –el Sr. K. o su padre– se basa entonces en una identificación a su amor y deseo [el de ellos] por una mujer, que permite concluir que aquella, contrariamente a ella misma, es una verdadera mujer y posee la clave de un saber que ella no tiene. Lacan califica esta posición de los hombres en la estructura histérica: son los “hombres de paja” del sujeto histérico, hombres de paja de su deseo por lo femenino. Ella debe pasar por ellos, su amor y su deseo por una cifra, para tener acceso a una feminidad idealizada. El beneficio es doble: evitar estar ella misma sometida a las reglas que organizan la posición femenina en el discurso del amo, y elevar lo femenino a la dignidad de un ideal posible de ser universalizado. En suma, evitar ser ella misma y para ella misma “la mujer de su vida” y por lo tanto inventar una solución femenina que no valdría más que para ella.

La joven homosexual no está en absoluto en esta posición. Frente a su padre, ella tiene más bien la intención de afirmar qué son verdaderamente un amor y un deseo por una mujer. Ella está por ende en posición de *challenger*,⁵ solo una mujer puede amar y desear a otra mujer como es debido. Su identificación no es a lo masculino. Ciertamente, la Dama es también aquí elegida por su saber sexual, pero asimismo por su rechazo a las convenciones dominantes, su intrepidez frente al poder masculino y patriarcal. Es esta posición de rechazo y desafío al Padre lo que la caracteriza. Ella es un cruzado de La mujer, que su amor viene a completar.

Las investigaciones y publicaciones recientes sobre la lógica de la vida y las elecciones ulteriores de la joven homosexual no necesariamente validan el diagnóstico de perversión establecido por Freud, y llaman más bien a la prudencia. Pero la neurosis, con la división subjetiva que la caracteriza queda sin embargo claramente descartada, como él mismo lo hizo.

5 [N. de T.] En inglés en el original.

Lacan retomó a menudo el caso Dora. Lo formalizó. Sobre la cuestión de la homosexualidad femenina, muestra claramente de qué modo el prejuicio freudiano interrumpió la dinámica del análisis.⁶ Más adelante en su enseñanza, esclarece este prejuicio a través del punto de tope freudiano respecto del padre, que Lacan califica, en el *Seminario 17*, como el "sueño de Freud".

Estamos entonces en 1969-1970, y el desvanecimiento del esplendor y el poder de la función paterna –tal como durante largo tiempo habían organizado todos los niveles del lazo social– se han producido. Incluso el prestigio del Nombre, de la nominación, se ha fragmentado en nombres múltiples. La profunda mutación operada por la Ciencia y sus saberes sobre la tradición paterna que hasta entonces organizaba el discurso del amo ha ocurrido. Dicha mutación ha reemplazado el nombre por el número, el gobierno por la gestión y la administración. El psicoanálisis ha constatado los efectos de esta mutación sobre los modos de satisfacción y, correlativamente, sobre los síntomas de los sujetos. De este modo, la enseñanza de Lacan a partir de los años 1960-1970, conduce a la clínica y a la teoría del psicoanálisis a un más allá del Padre.

Jacques-Alain Miller muestra los nuevos fundamentos de esta orientación lacaniana. Por un lado, el Uno no es más aquel de la excepción paterna a partir de la cual podía deducirse un universal que definía la posición de todos. Los unos son cada uno y cada una, completamente solos.⁷ El sistema simbólico debe someterse a ello y el estilo de vida de cada uno es para cada uno su propia norma. El universal reconocido se atribuye solamente al saber científico, que se erige en norma del discurso del amo, normas estadísticas y ya no norma resultante de la excepción. Por otro lado, el modo de gozar encuentra su fundamento no en el lazo padre-madre, sino en el descubrimiento de que no hay relación sexual que pueda escribirse entre seres que no cuentan, para unirse, más que con el lenguaje y la palabra, contrariamente a la relación que la Ciencia escribe entre las células.

De ello resulta que femenino y masculino de ninguna manera agotan las posiciones de deseo. Ya Freud había tropezado con las definiciones intentadas a partir del pasivo y el activo, inoperantes en la vida sexual y amorosa.

6 Lacan, J., "Intervención sobre la transferencia", *Escritos 1*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 1985, p. 204.

7 *Tout seuls*.

En estas nuevas coordenadas, ¿en qué ha devenido hoy la homosexualidad femenina? Nuestra hipótesis es la siguiente: la posición histérica ya no requiere pasar por el padre y los hombres para tener acceso a lo femenino. No más necesidad del “hombre de paja”. Nada falta a las mujeres, dice Lacan ya en el *Seminario 5*. Va más lejos aun en el *Seminario 20*, mostrando la disimetría entre lo masculino y lo femenino, que el sistema paterno-centrado no podía concebir más que como complementarios y/o rivales. Las mujeres no constituyen un conjunto complementario de aquel que reúne a los hombres, regido por una misma lógica conjuntista. Así, Lacan considera lo femenino como suplementario.⁸ Todos los hombres, macho o hembra, padre y madre, hermano y hermana, amante varón y amante mujer, en el sentido de todos los seres humanos sometidos a la universalización, es decir, seres que habitan el lenguaje; pero no todos del lado femenino. Un ejemplo sorprendente tomado por Lacan de este femenino no simétrico es San Juan de la Cruz, de cuyo sexo no cabe duda alguna, puesto que la Iglesia católica se asegura siempre de esto antes de la ordenación.⁹ Finalmente, se requiere la identificación masculina para ser una mujer, lo cual no quiere decir que sea suficiente para hacerla una respecto del goce. La posición histérica estaba entonces de entrada un paso adelante.

En estas condiciones sería lógico ver a las Doras de hoy pasar de una posición homosexual inconsciente –por lo tanto reprimida–, y de una ausencia de puesta en acto de este amor homosexual constatado por Freud, a una posición consciente y a un *acting out*¹⁰ de la atracción, por lo femenino en la otra mujer. Un *acting out*, ¿qué quiere decir? Una formación del inconsciente, según el modelo del sueño, del chiste o –como propone Lacan en el *Seminario La angustia*–, una puesta en escena de la pregunta del sujeto al mismo tiempo que de su interpretación. En realidad, una interpretación de la posición del sujeto por su pregunta sobre la elección de su modo de satisfacción, en este caso: ¿qué es *La* mujer? Enigma que polariza la relación de la histérica al inconsciente.

8 Lacan, J., *El Seminario, Libro 20, Aun*, Paidós, Buenos Aires, 1981. “Notarán que dije suplementario. ¡Dónde estaríamos si hubiese dicho *complementario*! Hubiésemos ido a parar otra vez al todo”.

9 *Ibíd.*, p. 92.

10 [N. de T.] En inglés en el original.

La clínica ¿viene a confirmar o a refutar esta hipótesis? Numerosos análisis de sujetos femeninos en posición histórica la confirman.

Tomaré cuatro casos de sujetos históricos entre muchos otros. Estos sujetos pertenecen a la misma generación, tienen entre veinticinco y treinta y cinco años. Las cuatro trabajan en profesiones en las cuales, de manera diversa, su deseo se encuentra comprometido. Son económicamente autónomas, elemento tan importante que para ellas resulta obvio. Las cuatro iniciaron su vida sexual con hombres, tanto en lo que hace a las primeras emociones de la infancia como a las primeras puestas en juego del cuerpo, aun teniendo lazos de amistad extremadamente fuertes con amigas mujeres. Una de ellas no convivió nunca con su partenaire, pero las otras tres llevaron una vida de pareja con sus compañeros, vida de pareja asumida frente a las respectivas familias y consagrada a estas familias. Una de ellas tuvo un hijo con su partenaire. Sin embargo, ninguna de ellas convirtió esta unión en casamiento, algo acordado con la pareja, ya sea por ideales "compartidos", o por dilatar la cuestión hacia el futuro. En un momento dado, sin que sea posible extraer un elemento común a los cuatro casos, en circunstancias distintas y por motivos diferentes, las cuatro rompieron este lazo. La siguiente elección fue por una mujer, y esta elección fue, o bien definitiva, o bien reiterada varias veces.

Desde entonces vivieron con una mujer, sin hacer de la homosexualidad una identificación. No solo se "enamoraron", sino que la relación física no constituyó un problema. Todas asumieron esta elección, con mayor o menor dificultad, frente a sus familias y, más allá, frente a su entorno social. Dos de las cuatro tienen un deseo de hijo que no consideran por fuera del lazo con sus compañeras, y que interroga su posición respectiva en la pareja formada: retorno de la rivalidad a partir de la introducción del objeto, en este caso el niño. Las dificultades encontradas no han vuelto a llevarlas hacia un partenaire hombre, aun cuando algunas continúan teniendo relaciones de seducción, o incluso relaciones sexuales pasajeras con hombres. Su elección amorosa reenvía, para cada una de ellas, a rasgos que pertenecen a una feminidad idealizada: una feminidad de la que, según ellas, carecen, y que las fascina, al modo de un enigma para ellas mismas; una feminidad en la que ellas no se reconocen y que no anhelan para ellas mismas. Podemos pensar nuevamente en el *Seminario 20*, en el cual Lacan dice que las mujeres homosexuales aman el Otro sexo, para rastrear un goce otro, otro que aquel de un objeto que hace fracasar la relación anhelada con este otro,

y por lo que ellas están entonces “hétero” orientadas. Sin pasar ya por el amor y el deseo de un hombre, han ido directamente hacia este Otro sexo que les fascina, que aman. El lazo con esta mujer supuesta otra respecto de ellas mismas, supuesta capaz de revelarles su propia feminidad, conduce el encantamiento amoroso a un límite. Es quizás el retorno de lo mismo¹¹ cuando el surgimiento del objeto reenciende la rivalidad. Es quizás la extranjería¹² de lo que ellas consideran como la locura fuera de límite de sus partenaires. Es quizás el retorno a la madre que vuelve a hundir al sujeto en una posición de hijo, balanceada por una posición donjuanesca respecto de otras mujeres a conquistar. Es quizás el descubrimiento del impasse de la posición masculina, al estilo del cazador cazado. Pero debido al amor por el padre, no se trata jamás del acceso al no-todo fálico. Simplemente son mujeres que se autorizan a ser hombres como las otras, en búsqueda de un goce de ellas, inaccesible. En estas condiciones, el desarrollo contemporáneo de la homosexualidad femenina es una simplificación derivada del hecho de que, sexualmente, el sujeto hoy en día no se autoriza más que de sí mismo, como decía Lacan en su Seminario 21.

Y la Joven homosexual, ¿en qué ha devenido su paradigma? La hipótesis es más difícil de plantear. Ya no escandaliza, eso es seguro. Pero este no era su único punto de mira. Los casos de sujetos orientados desde la infancia hacia la homosexualidad de manera incontestable, para quienes el comercio sexual con hombres no tiene ningún atractivo o es incluso imposible, son –en lo que concierne a mi experiencia como analista– menos numerosos, por lo menos en venir a análisis. Es importante notar que el diagnóstico de perversión tal como Freud lo concibe no es seguro.

A partir de la clínica, un punto nos parece importante. La pregunta del sujeto que se define como “homosexual” no conduce al “enigma de su feminidad corporal”. Estos sujetos se definen como mujeres sin preguntarse y sin reivindicación en cuanto a los hombres, en general o en particular a propósito de aquellos hombres que pudieran participar de su vida amorosa. Ellas no miran a los hombres y los hombres, eso no las mira. El deseo está ausente, el amor no siempre. ¿Esto quiere decir que no hay división subjetiva bajo diferentes modalidades? No, pero no conduce a la sexualidad femenina. Una clínica debe construirse, que vaya sin duda

11 *Ibid.*, p. 102.

12 *Étrangéité*.

de la neurosis a la psicosis, esta clínica que Lacan evocaba a propósito del misticismo que debe ser diferenciado en sus formas neurótica, psicótica o perversa. La hipótesis que propondremos, muy modesta, es que este tipo de elección homosexual en los sujetos, se ordena por la separación del objeto de todo valor de intercambio fálico, y que se trata entonces de salir de la escena de los discursos. Ideal de fusión o de desaparición. En primer plano no vienen los significantes, el lenguaje, sino eventualmente la letra, fuera de discurso, no fuera de escritura. Lo cual nos reenvía al señalamiento que realizamos en el inicio, según el cual el silencio ha cubierto largamente a la homosexualidad femenina.

Parece entonces necesario en una clínica psicoanalítica, diferenciar funciones clínicas diferentes de la homosexualidad, pues es claro que esta no corresponde a una estructura única.

Por un lado, una homosexualidad que es un nuevo síntoma histérico, fundada sobre la idealización de *La mujer* como Otra para sí misma y en general. Esta solución concierne al objeto puesto en femenino y no al sujeto, que permanece capturado en una posición masculina que otorga una importancia particular al fantasma. Esta homosexualidad, que universaliza lo femenino como figura del Otro, responde al principio del todo en la época en que la excepción paterna desfallece. Pone en el lugar dejado vacante por el Padre y sus avatares, a *La Mujer*, como lo escribe Lacan en el *Seminario Aun*, directamente y sin más máscara ni zigzag. El hombre ha devenido un desvío inútil. En esta perspectiva, la homosexualidad responde como síntoma a la pregunta de la falta en el Otro.

Por otro lado, una homosexualidad femenina, elección de goce decidida, que permite al sujeto aprehenderse ella misma como mujer. Esta solución concierne menos a la elección de objeto que a la identificación de sí misma como verdadera mujer, e implica por consiguiente una identificación a la pareja elegida como objeto semejante. La idealización puede estar presente pero no es necesaria. Esta homosexualidad no descansa sobre un eje de identificación vertical, sino horizontal y metonímica: la misma, amarse [*s'aimer*] pudiéndose escribir "a(mis)marse" en un semejante.¹³ Según la dimensión de esta identificación, imaginaria o simbólica, la estruc-

13 [N. de T.] Cf. Lacan, J., *El Seminario, Libro 20, Aun, op. cit.*, p. 103. "Amarse a sí misma en el semejante": Cf. *Ibid.*, p. 103. "*M'aimer*" (amarme) es homofónico de "*mémer*" (mismarse).

tura psíquica del sujeto es diferente. Psicosis cuando este "misma" es imaginario y constituye entonces un verdadero doble del sujeto que le otorga la solidez que falta cuando falla la identificación simbólica o real. Neurosis cuando esta identificación imaginaria viene a recubrir una identificación simbólica reprimida. Perversión fetichista cuando la identificación se opera a partir de la fijeza de un rasgo. En todos los casos la homosexualidad es una respuesta por el modo de goce a la falta en ser del sujeto.

Queda una tercera vía de investigación, en la que aún se ha profundizado poco clínicamente. ¿Cuál sería la homosexualidad femenina que se desprende de la definición de lo femenino que encontramos en el *Seminario Aun* de Lacan? ¿Existe una posibilidad de considerar una homosexualidad que estaría situada del lado de lo que Lacan nombra, apoyándose en una formalización lógica, el costado del "no-todo", en oposición al "para todos", este principio de funcionamiento del universal que es una ficción relativa a la estructura del lenguaje y del discurso, cuyo funcionamiento político posibilita?

¿De qué "no-todo" la homosexualidad femenina podría ser reveladora? Proponemos: "No todo sexo". Sería una solución que vendría a limitar el sentido sexual, no al modo en que lo hace el psicoanálisis a partir del "no hay relación sexual", sino izando el estandarte del amor: una especie de sublimación del alma. En el desierto de la ausencia de relación sexual que el padre y las exigencias del orden familiar ya no velan, sería una tentativa de hacer existir, por medio de la escritura sobre el cuerpo, el acontecimiento de un goce localizado fuera de los órganos sexuales. Estos están siempre, en efecto, sometidos, en el campo de lo real a la reproducción –que no exige de los seres hablantes que se encuentren en el lenguaje–, en el campo simbólico, al fantasma y a la pulsión, es decir, al autoerotismo. A menos que se tome por *La Mujer* y vuelva al "para todos" en la posición imposible de la excepción, esta solución por el retorno a un cuerpo no regido por las exigencias del sexo, ya sea que se decline como sentido o de manera biológica, posee una característica: no puede aspirar al universal y en consecuencia aparece poco compatible con una elección exclusiva y definitiva: una homosexualidad "no- toda", no en el sentido de incompleta, sino de no totalitaria, que no puede por lo tanto ser un factor de identificación, ni un modo de vida.